

RECUERDOS CON HISTORIA, 144

SIETE RECUERDOS “IMPERIALES”

Por Vicente Navarro Serra

INTRODUCCIÓN Y SITUACIÓN

Si se me permite un paréntesis en los temas “nuestros” que venimos trabajando últimamente, intentaré presentar unos “Recuerdos con Historia” focalizando este nuevo trabajo en unos objetos y su entorno histórico que, no siendo estrictamente “de casa”, sí nos afectaron tangencialmente como veremos a continuación.

Vamos a intentar situarnos a mediados del siglo XIX en Francia, concretamente entre los años 1852 y 1870 que fueron principio y fin de una época “Imperial” cuya principal figura fue un singular personaje que la Historia conoce como Napoleón III.

Antes de llegar a cubrirse con el manto de armiño y la corona imperial, el curioso personaje llamado Luís Napoleón Bonaparte, pariente directo de Napoleón I, tuvo que vivir una serie de vicisitudes y circunstancias que le llevaron desde escaparse de una cárcel disfrazado de albañil hasta ser elegido Presidente de la República Francesa con una abrumadora mayoría de votos.

Quedaba claro que sus apellidos iban a alzarle a los más altos estratos del poder. Había aún en Francia muchas gentes, parece que tanto en zonas rurales como en algunas ciudades, que añoraban la anterior y no tan lejana “Era Imperial”. Y no sólo eso, también se añoraba, en muchas ciudades, el boato, la pompa y el riguroso protocolo, cosas que van íntimamente unidas a la más

complicada suntuosidad y al más estudiado lujo, ambos primos hermanos de toda elevada representación de grandeza y ostentación.

Así, puestos en este plano, no puede extrañarnos que, unido a todas las excelsas formalidades y todos los reglamentados rituales se prodigarán, durante el 2º Imperio, las ceremonias civiles y militares que daban lustre a la epopeya: uniformes rutilantes, vestidos femeninos de ceremonia de amplios faldones, reverencias por doquier, exquisitez en el respeto, espejos enmarcados en oro cubriendo las paredes de relucientes salones en los que sonaba la más reciente de las composiciones musicales del Johann Strauss, el Danubio Azul, vals insuperable que los cortesanos y sus elegantes compañías femeninas, seda y azul, danzaban volteando con agraciada galanura.

¿Vamos captando el ambiente? ¿La atmósfera? La Corte Imperial era un hervidero de altos mandos militares, duques, marquesas, condesas y nobleza en general que lucían sus atuendos, condecoraciones y capas de forro carmesí que dejaban entrever espadas y sables de dorados pomos, lucidos en lujosos palacios, en enormes parques y en floridos jardines de delicada filigrana versallesca.

París se ampliaba con enormes avenidas y las artes y ciencias se situaban "*à la page*" ya fuera la arquitectura, la estatuaria, la investigación o el mobiliario. Unamos, a todo esto, los hacedores de los mil y un objetos de uso diario o festivo, que aparecían por doquier. Y ya fuese un casco de bombero o un abanico de señora, todo estaba bien ceñido al "*estilo imperial*" con profusión, por si faltaba algo, de cruces de la Legión de Honor bien cinceladas o la omnipresente "*Aigle Impériale*" en mármol

rosado para coronar columnas o, simplemente, estampada y recortada en cobres y bronces sobredorados para los emblemas del frontis de los chacós de los oficiales y los soldados.

LOS 7 OBJETOS

No ha sido fácil escoger 7 objetos que definieran con cierta precisión la época de la que hablamos. Pero una vez seleccionados, me van a permitir que los exponga con vehemencia porque ellos, por sí solos, pueden darnos una idea de cómo iban las cosas en aquellas épocas de fastos prestigiosos.

Empezaré por un objeto que suele pasar algo desapercibido porque no era de uso estrictamente militar aunque, eso sí, quienes lo lucieron por todo el “Hexágono Francés” se consideraban, a veces, tanto o más imprescindibles que los batallones de “Chasseurs à Pied” o los “Guides de la Garde Impériale”.

Cerraré listado con una imagen de Napoleón III en el *Camp de Châlons*, rodeado de sus oficiales de Estado Mayor, pintado por Edouard Detaille en 1857 con una sabia mezcla de acuarelas y pintura al temple que se conserva en los “Invalides” de París.



Este es el primer objeto al que me refería. Un soberbio casco de bombero “imperial”, modelo 1855, más reluciente que el oro y tan altanero como los destinados a la oficialidad y tropa de caballería del Ejército del Emperador. A veces, incluso, eran los mismos cascos empleados por los Coraceros o los Dragones pero adaptados para uso de los aguerridos bomberos, llamados cariñosamente por el pueblo “*soldats du feu*”.

Los portadores de tan lustroso cubrecabezas tenían la consideración de “*Sapeurs-Pompiers*” y desfilaban en correctas formaciones al son de los tambores. Los había prácticamente en todas las comunas y regiones. En este caso se trata de la comuna de Clux Lavillen.

Al diseñar el modelo no se olvidaron de nada: curvada cimera de altura, barboquejo cien por cien militar y poderoso frontal con el símbolo del “*Empire*” consistente en un águila coronada con alas desplegadas mirando a su izquierda sobre fondo de brillo solar,

ostentoso y resplandeciente, en cuyas garras aparecen los rayos de Júpiter bien definidos. O sea, casi un resumen de las magnificencias imperiales.



Casi que no se necesitan palabras para describir los objetos aquí representados.

Sólo significar que Napoleón III casó, como bien se sabe, con la noble española y apreciada granadina Condesa de Teba a quien, en su infancia, cuentan que una gitana del Albaicín de Granada le leyó la mano pronosticando algo parecido a esto: *“Tú, niña mía, serás más que Condesa; serás Reina”*.

Así fue y como en un cuento de hadas, la hija de un Grande de España, conocida como Eugenia de Montijo, agraciada joven de la alta nobleza, habitual de las fiestas palaciegas hispanas y de las organizadas por la más alta alcurnia de París, llegó a ser más que reina, fue Emperatriz, tanto como dignísima y españolísima esposa del emperador Luís Napoleón.

Dejemos de lado las horas duras y tristes que hubo de pasar, incluida la muerte de su único hijo encuadrado como oficial voluntario en la guerra Anglo-Zulú, y recordemos que con el transcurso de los años quedó en la memoria de las gentes la copla, casi un gemido doloroso, que cantaba con evocador sentimiento doña Concha Piquer: *“Eugenia de Montijo te vas de España para ser Reina... Eugenia de Montijo dejas Granada... qué pena pena...”*

Llega el año de 1870 y la espantosa batalla de Sedán, última y definitiva de la Guerra Franco-Prusiana, deja a Francia sin Emperador y sin Eugenia que parten al exilio. En la imagen hemos puesto un sable, a la derecha, del modelo 1822, típico de la época para la tropa de caballería ligera napoleónica. En cuanto al de la izquierda, representa los nuevos tiempos post-imperiales que ya se iban vislumbrando al entrar con decisión la Tercera República.



El conocido sable para oficial de caballería de línea modelo 1822 que se siguió empleando durante todo el 2º Imperio y mucho más allá. Se halla situado sobre unos dibujos de soldados de la

época que realicé, al gouache, obtenidos de antiguos cromos que se incluían en las chocolatinas que los niños franceses, hace muchos años, coleccionaban con placer.



Sólo como curiosidad, y como añadido especial a los **7 recuerdos** que exponemos, cabe decir que el modelo de sable para caballería ligera francesa de 1822 aún se emplea en el vecino país por la Guardia Republicana y otros regimientos en algunos de cuyos cuarteles hay estocados grandes cantidades de estos sables, forjados en Châtellerault en el siglo XIX, como podemos ver en esta impactante imagen gentileza de un buen amigo francés gran especialista en armas blancas antiguas.



En esta tela al óleo podemos observar un zouave ofreciendo lumbré a un corneta de coraceros bien caracterizado por la crin roja de su casco. Sus respectivos regimientos estuvieron presentes en la citada Guerra Franco-Prusiana de 1869-70. A ambos lados del cuadro aparecen dos armas blancas para la caballería gala de aquella época.

Son sables (izquierda, oficial de ligeros y derecha tropa de línea) del modelo de 1822, testimonios directos de una durísima campaña que algunos, con la perspectiva que dan las décadas transcurridas, suelen calificar de “conflicto romántico” confundiendo las corrientes literarias y de pensamiento del siglo XIX, con la barbaridad lacerante de una guerra cruenta que puso fin, con toques muy poco románticos, al segundo y último Imperio Francés.



Impresionante y bien conservado portapliegos (“sabretache” para los franceses) de uso reglamentario para los Guías de la Guardia en uniforme de diario. También lo emplearon las tropas ligeras de caballería: húsares, cazadores y artilleros montados. Destaca la alta calidad del trabajo que ha requerido la placa central, de cobre sobredorado, en la que aparecen todos los atributos imperiales sobre fondo de un manto de armiño colmado de abejas: un pequeño globo crucífero sobre corona imperial y ésta sobre yelmo orientado de frente, el cetro de la autoridad, la mano de la Justicia, el águila imperial y el Gran Collar de la Legión de Honor



Espada de ceñir para empleo exclusivo de los oficiales del escuadrón llamado “*Les Cent-Gardes*”, grupo de algo más de cien soldados corpulentos y de gran estatura que formaban, con rigurosísima disciplina, la guardia personal del Emperador. En la concha frontal de la espada y en la pechera de los guardias vuelven a aparecer las armas de Napoleón III.



Que no olviden los historiadores que si el siglo XIX fue el del romanticismo y el del arranque de la tecnología a vapor, también fue el de los abanicos. No había fiesta elegante en que no se tocara un lied de Schubert y no se exhibieran delicados abanicos de varillas de marfil.

Sin éstos últimos, no hubiera habido ni siglo.



Repasados los 7 elementos que he tratado, muy representativos de la uniformidad de antigua gesta imperial, faltaba representar la imagen del Emperador. Para ello he escogido, como he dicho más arriba, una tela del conocido pintor de temas militares Edouard Detaille, que captó con maestría el porte y la imperial gravedad de Napoleón III.

El paso del tiempo ha ido diluyendo, como todo en la vida, las glorias y los infortunios del viejo Imperio. Sólo el recuerdo y la contemplación de los objetos que han llegado hasta nosotros

nos sitúan, en presente activo, en aquel casi olvidado periplo histórico de un personaje épico y altivo llamado Luís Napoleón III y de su grácil consorte, la española Emperatriz Eugenia de Montijo, Condesa de Teba, Marquesa de Ardales, Baronesa de Quinto, que dejó Granada para ser Reina.

Qué pena, pena...

Julio 2020